

La perdigonada del cazador

LOS alcaldes, ya se sabe, durante todo el año se dedican concienzudamente a estropear la ciudad y ahora por la Navidad ponen bombillas de colores sobre los desastres urbanísticos para alegrar al vecindario. Los madrileños están de suerte. Su alcalde, García Lomas, tiene un aire de sheriff de condado, con cabeza plateada y prepotente, cigarro puro desafiante y diligencia forrada de ante. Los alcaldes, como en los polvorientos poblados del salvaje oeste, dejan que campen por sus fueros los cuatrerros especuladores, pero a veces dan una fiesta en la cantina con ensalada de tiros y cuando entra su autoridad con la estrella de latón en el chaleco y la mano en la culata del revólver peligrosamente bajo se produce el silencio y enmudece también el pianista. Los madrileños están de suerte. Esta ciudad que es a medias un campamento de ladrillo visto plantado en medio del secarral y una factoría de Kansas City, que hace ya mucho tiempo que ha talado el madoño y que sólo le queda el oso con un nueve largo colgado de la cadera tiene un alcalde, García Lomas, elegido a dedo entre las fuerzas vivas, con talante duro de mandamás, que gobierna sonriente los terribles desaguados de la corte, que se pasea entre los cuatrerros especuladores con una brisa triunfal en el rostro y que confunde el humo aromado de su puro de vitola con la contaminación del poblado.

El alcalde García Lomas rige el desgobierno de esta ciudad con ánimo duro de político asilvestrado, con mano franca para cualquier sugerencia de destrucción con dinamita controlada, con dureza de multas de cinco mil pesetas para los pobres conductores contribuyentes, pero que a veces se pone tierno y jalona la Gran Vía con jardineras de petunias y ahora por la Navidad nos enciende

bombillas de colores sobre los negocios sucios de la construcción. Lo importante en esta vida es la adecuación. A una ciudad como Madrid, inhóspita, salvaje, poblada de contrabandista con chaqueta de cachemira, de maleantes del cemento, de melosos usureros y de obreros que rellenan las quinielas bajo la ponzoña de anhídrido carbónico, le va un alcalde como el nuestro, duro, campechano y bunquero, con aspecto de sheriff que trata de poner orden en la balacera. En fin, una desgracia como otra cualquiera. ■ V.



caldes de Daganzo», que es del académico Cervantes, una especie de Pemán con gregüescos? Bueno, pues ahí el alcalde se llama Rana, y tiene una vara que no se dobla. Y dime ahora, papamoscas, ¿se te dobla a ti el purazo ese de Fidel Castro? Y le dicen al Rana que canta mejor que un cisne cuando muere, será porque en Daganzo había ópera, cavilo yo, que en la antigüedad eran muy finos y muy italianizantes, y no como ahora, que con un Raphael y un Sergioyestibaliz lo tienen todo arreglado. ¡Ay que cruz con este García-Lomas! ¡Qué puñetero es! Alguna razón tiene, no digo que no. Que los cronistas de la Villa andan pinchándole todo el santo día con lo del Conde-Duque, con lo del Viaducto, con lo de los mercados y con lo de los transportes, y se enteran

antes que él, pobrico mío, claro, como esos cronistas no tienen otra cosa que hacer, se la dan con queso. Pero es que no haces más que tirar del puro, mandrín, que como un día arranque de golpe te la das. Y que es muy malo el fumeteo. Que ahora estás rollizo, pero con el tiempo vas a quedar como si te hubiesen chupado brujas, como el espíritu de la golosina. ¡Deja en paz la caja de los Romeos y Julieta que está hablando la abuela! Anda, hijo, anda, ve a ponerte la cadena de oro de Corregidor, que me recuerdas cuando hiciste la primera comunión, aunque tuve que darte un soplamocos porque entrabas en la iglesia con el puro. ¡Ay Virgen de la Paloma, que ya está otra vez escurriendo la mano en la caja de los Romeos y Julieta! ¡Habrás visto un Corregidor tan incorregible! ■ L.

